

Causas sociales: ¿Beneficio social o personal?

valentin Baraona Mancilla

Image not found.

Capítulo 1

El primero de mayo no se celebra el día del trabajador. El trabajo no es motivo de celebración. La razón por la que ese día es feriado, se debe a la conmemoración de la muerte que un grupo de ocho trabajadores enfrentó en Chicago el año 1886, luchando en contra de la explotación laboral. Se mantuvieron firmes hasta el último instante, dispuestos a perderlo todo, si esa disposición les daba la mínima chance de ganar (Criterio económico maxi-max). Bajo ese precedente, se obtuvo la jornada laboral de 8 horas.

La historia está llena de casos así. De subversiones y mártires, que se dispusieron a realizar todo tipo de sacrificios, para que sus ideales no se pierdan en su cabeza y un discurso al aire. John Brown, por ejemplo, era un hombre blanco que, pudiendo verse beneficiado por la esclavitud, dedicó su vida a la lucha por abolirla y vivió de fugitivo entre los pantanos, con hambre, frío y un solo puñado de hombres, dedicándose a la liberación de negrxs esclavxs. Se hallaba convencido de que mandar sus privilegios al carajo, valía la pena y era necesario. Murió ahorcado por esa causa.

Rosa Parks, en un futuro solo un poco mejor, continuó con esa lucha, cuando en un acto de simpleza trascendental, se negó a ceder su asiento en el transporte público, como la sociedad vigente en la época, hubiera esperado que una mujer negra lo hiciera.

Hoy en día tenemos a gente como Edward Snowden que, contrario al status quo y a la voluntad de un estado opresor, alzó la voz contra las injusticias y plantó un pie de guerra para defender los principios en los que creía y que veía vulnerados. Se convirtió así en fugitivo, arriesgándose a encontrar, de ahí en más, la muerte en cada esquina. Ese es el precio de hacer lo correcto, en una sociedad regida por el malestar. Eso nos enseñó la matanza de Santa María de Iquique. Eso aprendimos de lxs científxs de alumnxs que en Chile, los años 2006 y 2011, repitieron cursos por mantener su lucha y compromiso con la educación, antes que con su currículum.

Al opresor le gustan las cosas como están y no tiene interés en cambiarlas. No lo va a hacer solo porque se lo pidamos. Está hasta dispuesto a matar a quién intente cambiarlo, sin pensarlo dos veces. Esa es la cancha en la que se juega esta disputa. Hace falta coraje y, la única forma de ganar es estar dispuestx a salir perdiendo.

Me sorprende todavía ver a gente que se queja de cómo funcionan las cosas, en la comodidad de su hogar, tras el teclado y, una vez que sale a la calle, se acomoda a todas las normativas vigentes. Se amoldan al modelo de oprimidxs ejemplares y hacen todo lo que de su clase se

espera, por temor a sufrir personalmente las consecuencias y por la falta de empatía necesaria para creer que ese sacrificio pueda valer de algo para el resto. Se preocupan más por ellxs mismxs, que por la causa que supuestamente defienden y, por no salir perdiendo, no aportan y por no aportar, salen perdiendo (Criterio económico mini-min).

Me ha tocado oír quejas, por ejemplo, respecto de los hombres que ejercitan sin polera en los parques y la falta de libertad que tienen las mujeres para hacer esto mismo. Es un tema serio ese. Hay una perspectiva social y un nivel de censura muy distinto entre los cuerpos femenino y masculino que, en un mundo orientado a la igualdad, debiese cambiar. Pero eso no se cambia con una queja al aire o al internet. Eso no cambia si es que las mujeres no se atreven a mostrar sus cuerpos con igual libertad. La única forma de desmitificar el cuerpo femenino, es normalizarlo en la sociedad, de la misma manera que se ha normalizado el del hombre. Y es que puede ser que les griten, que las insulten, que las miren con lujuria, que las abusen o las apedreen y hasta que alguna muera. Pero nadie quiere pasar por eso (Yo, al menos, sé que no querría pasar por eso). En varios países se han detenido a mujeres por exhibir sus pechos desnudos, como si esto fuera un atentado terrible a la moral y las buenas costumbres. Sobre esta base, el movimiento se ha podido parar y agarrar fuerza. Se ha podido hacer presión efectiva y desarrollar academicismo revolucionario que moldee los próximos fallos judiciales y la nueva forma de enseñar al respecto. Si no se hace lo que, quien oprime, quiere que no hagamos, no se puede hablar de revolución, ni de compromiso.

Parecido caso se da respecto de ciertas divergencias sexuales (hablando desde la heteronorma), cuando a ratos surge el lamento de no poder andar de la mano con su pareja o besarse en público. Este año 2018 enjuiciaron en Argentina a dos mujeres, por besarse en el transporte público, cometiendo lo que denominarían, un atentado contra la moral. ¿Y no es esa una moral contra la que vale la pena atentar?

Por supuesto que nadie quiere ser el próximo Daniel Zamudio y que nadie aquí celebra su muerte, pero todxs quienes nos identificamos con la causa o, al menos, no la repudian, agradecemos la influencia que ésta generó para el movimiento. Es lamentable que haya ocurrido y aún más, que esto funcione de esta manera, pero sin ese hecho como fuente material, no existiría la ley que, en consecuencia, se promulgó para disuadir a lxs defensorxs de la intolerancia, de agredir a lxs intoleradxs.

La historia oficial está llena de héroes, que dieron su vida para instaurar los códigos y valores según los que se rige la sociedad actual: Héroes patrios, para resguardar y exaltar el nacionalismo; Santos, para consolidar la institucionalidad religiosa; Boludos del porte de Sócrates y su apología, que nos enseña a aceptar el peso de la ley y la imposición de una moral positiva, aunque no les hallemos sentido. El opresor está dispuesto a

matar para que las cosas sigan como son, pero siempre estuvo dispuesto a morir por ellas también. Es consistente. La sociedad es una balsa flotando en un lago de sangre y, como el asco que es, solo por un río de la misma avanzará en otra dirección. (En caso de que se quiera cambiar; destruirla es otra cosa)

Esta es la diferencia entre una revolución y una pataleta. La disposición al propio sacrificio, para alcanzar el objetivo que se busca. La voluntad de conseguirlo para que se consiga y no solo para unx disfrutar de ello y maximizar así el beneficio personal. La convicción más allá del amor propio.

Respecto de eso, se lee hoy en día la crítica a los hombres que predicán el feminismo, pero que a la hora de encontrarse en sus grupos de amigos y presenciar actitudes machistas, guardan silencio para no quedar mal y evitar así, perder el apoyo de sus queridos. Es una crítica razonable y necesaria que, sin embargo, suele quedar teñida por el doble estándar y un tergiversado sentido de la sororidad. Es fácil visualizar estos patrones en los hombres, que son el enemigo natural del feminismo. Sin embargo, es igualmente fácil evidenciarlos en mujeres que, criadas en entornos machistas, mantienen las mismas complicaciones para desprenderse de ellos. Un ejemplo sencillo serían las discotecas. A ratos suena la crítica de que "las mujeres pueden entrar gratis y tienen copete más barato". Por lo general, esta crítica va cargada de tintes ignorantes. La respuesta estandarizada es que "a las mujeres no se les cobra, porque no se les ve como consumidores, sino como objetos de consumo". Les dan acceso gratuito y descuentos en el consumo de alcohol, porque es bueno para el negocio que haya mujeres ebrias que, atraigan a los hombres; los "verdaderos consumidores". El machismo puesto en términos de mercado. Y sin embargo, toca ver a muchas compañeras convencidas en la causa que, antes de exigir que se les cobre y pagar su entrada, como lo haría un hombre o una mujer que no quiere ser tratada como objeto de consumo, piensan en términos de mercado, antes que en términos de género. "Alguna vez que me juegue a favor", "¿Por qué pagaría si puedo entrar gratis?" Y parece razonable, pero después toca preguntarse: ¿Por qué esperaríamos entonces que un hombre renuncie a aquello que le resulta provechoso?, ¿El compromiso es con la causa o con aquello que, a cada quien, en cada ocasión, le resulte favorable?, ¿Qué tanto "me creo el cuento"?

Lo vemos en las modelos y actrices que se abanderan por el feminismo y hablan a favor de su derecho a aceptar y celebrar su sexualidad y, en contra de que eso implique que el hombre las encasille en un rol de objetos sexuales. La verdad es que eso no tiene nada de inconsistente, ni contradictorio. Podría funcionar perfectamente, si no lo hicieran en los medios dominados por el hombre; en empresas con directivas ocupadas por hombres y líneas editoriales pensadas por ellos, con fotógrafos hombres que escogen la perspectiva y la iluminación con la que, ellos

consideran, se debe resaltar la figura y el importe artístico del cuerpo de la mujer. Esto sin importar que esos mismos, trabajen de manera completamente distinta cuando se trata de fotografiar y publicitar cuerpos masculinos, fomentando y manteniendo la brecha de género y, ayudando así, a que el modelo se mantenga. No es muy distinto a cuando una empresa, para limpiar su imagen, se cambia el nombre y nada más. De poco sirve estar contra el enemigo, cuando se trabaja para él y bajo sus reglas.

Esto tampoco es distinto de aquellxs que hablan en contra de la explotación laboral y la desigualdad económica, pero que se dejan explotar en su trabajo, por temor a perderlo si plantan cara. Aquellxs que, en contra del modelo de pensiones, trabajan en una AFP. Que, en contra del capitalismo, trabajan en un centro comercial. Veganxs que se valen de los avances de la medicina, obtenidos mediante experimentación con animales. No comerán carne, ni usarán productos de belleza testeados en animales, pero así como quien dice: "Si ya mataron al animal, bien me podré comer su carne para mantenerme vivx", dicen ellxs: "Si ya se mató al animal, bien podré valerme del avance médico para mantenerme vivx", como si fueran dos cosas sustancialmente distintas. Como si morir de enfermxx no fuera una alternativa prudente, considerando que la explotación animal va de la mano con el exceso de población, fomentado por los avances de la tecnología médica, que permite mantener un desbalance inmenso en el ecosistema, a costa del mismo.

Y estxs trabajadorxs explotadxs celebran el 1º de mayo, como si fuera un reconocimiento o un agradecimiento por su labor y no un recordatorio de que, para vencer, hay que luchar y estar dispuestx a perder algunas batallas. Se quejan y lamentan si quien les contrata no les da el día libre y lo asumen con lástima, pasándose por la suela del zapato el sacrificio de los héroes anarquistas que dieron la vida para que no tengan que trabajar diez o doce horas al día y para que tengan el maldito feriado ese. Si esperan ganar cada batalla y prefieren evitar las que tengan mayor chance de perder y que puedan acabar con su vida, o dejarlxs en la calle y sin sustento o les haga perder el apoyo de sus seres queridos; lo siento, pero ya perdieron. El capitalismo nunca deja de pelear; la heteronormatividad no para de plantar cara; el machismo y el racismo no descansan ni por las noches, ni los feriados.

Fue la pirata Mary Read, quien dijo al capitán Jack Rackham antes de que lo colgaran, por dejarse capturar en vez de oponer resistencia: "Es un lástima, Jack. Si hubieses peleado antes como un hombre, no tendrías que morir ahora como un perro."

Y tú, este primero de mayo ¿Te lo piensas descansar?